

NIHILISMO Y TERRORISMO

POR MIGUEL ALONSO BAQUER

El presente “Cuaderno de Estrategia” prolonga las reflexiones sobre la actualidad internacional que tienen su punto de arranque en los sucesos de carácter terrorista padecidos por los Estados Unidos de América el 11 de septiembre del año 2001. Como los trabajos anteriores del mismo equipo de investigadores, la reflexión se apoya, aquí y ahora, en los modos de pensar de quienes han encontrado un cierto eco en los medios de comunicación social al emitir su punto de vista. Se trata, pues, de subrayar de alguna manera las ideas que están en condiciones de generalizarse en nuestro entorno sobre dos cuestiones importantes que se mueven en diferente plano: el plano cultural del “nihilismo” y el plano político del “terrorismo”. Los pensadores que nosotros venimos denominando aquí intelectuales hablan unas veces del “nihilismo” y otras del “terrorismo”, casi siempre como si fueran dos nociones totalmente diferentes.

El “nihilismo”, desenlace lógico de las filosofías eclécticas, relativistas e indiferentes a la valoración de las ideas y de las creencias, aparece en ellos como una cualidad del pensamiento postmoderno. Todos los hombres del siglo XXI sobrenadamos, a su juicio, sobre una situación nihilista. Tendemos a solidarizarnos con quienes no están seguros de nada. Consiguientemente tenderemos a desconfiar de cuantos se presentan a sí mismos como poseedores o defensores de lo que entienden que sea la Verdad o de lo que es lo más firmemente verdadero para cada uno de ellos.

En el plano político esos mismos intelectuales suelen referirse al fenómeno terrorista como algo también característico de nuestro tiempo. Las raíces de la violencia colectiva, que antaño producían situaciones de guerra abierta o de revolución social, ahora se manifiestan por la proliferación de graves atentados terroristas. Existe un tipo de hombre nuevo que se muestra relativamente dócil a la idea de operar con ciertos artefactos dañinos, en el seno de una

comunidad, por sorpresa y bajo la cobertura de unas ideologías. Este nuevo tipo de hombre, el “terrorista”, no sólo acepta el encargo de la activación del artefacto destructivo, sino que encaja en ocasiones la pérdida de su propia vida para mejor garantizar que el daño previsto vaya a producirse.

El “terrorismo” tiende a convertirse, tanto por su mayor frecuencia como por su mayor intensidad, en una referencia que muchos estudiosos identifican como si fuera la forma postmoderna de la guerra. Cada “terrorista” milita en una forma de conflictividad político-social dotada con suficiente potencia de agresividad como para que algunos denominen guerra (y no lucha) a lo que él realiza. También denominan guerra a todo lo que debería hacerse para mejor contrarrestar al terrorismo desde los Gobiernos democráticos de Occidente.

De entrada, nos parece que los dos fenómenos, el cultural del “nihilismo” y el político del “terrorismo”, son radicalmente diferentes entre sí a juzgar por la tipología humana que les sirve. El “nihilista” es un ser apático, anómico, angustiado, libertino e imprevisible, allí donde el “terrorista” es un ser activo, fanático, entusiasta y obediente, cuya conducta agresiva se puede adivinar al menos por parte de quienes le identifiquen a tiempo como tal presunto terrorista.

Esta evidencia nos viene inclinando a conceder que lo único común a los fenómenos nihilista y terrorista es su sincronía en el tiempo. Las sociedades modernas, tanto más cuanto más modernas sean, han de acertar a convivir con los dos fenómenos a la vez y han de repudiarlos, si bien en distinta medida, para así prolongar su propio progreso hacia la sociedad sin clases y sin guerras. Tal será la sociedad propia de un bienestar con visos de globalización. No obstante, salta a la vista que el repudio al nihilismo tiene mucha menor fuerza social que el repudio al terrorismo. El repudio al pensador nihilista se beneficia de una tolerancia casi permisiva, ya que los actos del nihilista no son (o no le parecen ser a nadie) directamente agresivos ni claros perturbadores de la convivencia en paz. El repudio al terrorista en activo no cuenta con este beneficio de la duda. Sus atentados son, sin duda, hechos crueles que afectan a una parte de la humanidad y que podrían, al querer ser cada jornada todavía más indiscriminados, afectarnos a nosotros mismos también o a alguno de nuestros seres queridos.

Cuando hace un cuarto de siglo un prestigioso autor de estudios minuciosos sobre la guerra irregular (que se conocía entonces como guerra de guerrillas), Walter Laqueur, derivó su atención hacia el estudio del “terrorismo” nada le hacía pensar que el fenómeno tomaría el

derrotero que actualmente sigue. Su libro “Terrorismo” fue inmediatamente traducido a las demás lenguas europeas y tuvo un éxito editorial aún mayor al que había tenido “La guerrilla urbana” de Robert Moss. Y es que ambos textos resultaban bastante tranquilizadores para Occidente. Así como la guerra de guerrillas en la época de Napoleón había brotado en el seno de sistemas políticos arcaicos, afectados por la mayor modernidad de los ideales de la Revolución Francesa, quizás para expresar los abusos del imperialismo bonapartista, la guerrilla urbana había aparecido en el seno de las naciones derrotadas en las dos Guerras Mundiales quizás para darle expresión a una protesta por las injusticias sociales todavía anexas a los ideales democráticos. Eran, pues, los urbanos atentados unas disfunciones aparecidas dentro de un proceso en sí mismo funcional, es decir, modernizador. Valían como enfermedades más bien típicas de un crecimiento que de una decadencia.

Laqueur y Moss, —otros muchos escritores se lanzaron a decir cosas semejantes— veían al “terrorismo” como una exageración del espíritu guerrillero que, sin embargo, precisaba y demandaba el mismo tipo de reformas en el vigente sistema social. La mejora de la sociedad por la vía de la tutela de los derechos humanos iría disolviendo las raíces de la violencia (urbana o rural) y les dejaría a los países ya modernizados enfrentados sólo con los residuos de una delincuencia común, estadísticamente inevitable.

Nótese que las raíces de la violencia terrorista en estos dos autores sólo tenían algo que ver con las vigentes ideologías cuando éstas estaban en regresión y padecían derrotas irreversibles. El “terrorismo” se alimentaba de los modos de sentir y de pensar del sector de la sociedad en retroceso cuyo comportamiento apuntaba a la restauración del sistema político ya derrotado primero en los frentes de combate y finalmente en las urnas. El “terrorismo” era un fenómeno residual que sólo sabía herir dando golpes de ciego. Antes, por ejemplo, el terrorista de finales del siglo XIX, era sólo un experto en magnicidios. La bomba siempre iba dirigida a un símbolo del poder.

Walter Laqueur había publicado en abril de 1977 el libro citado, “Terrorismo”, (que en 1980 tradujo Espasa-Calpe para su colección Biblioteca de Ciencias Políticas). La nota “Preliminar” al texto original se iniciaba diciendo que *“el terrorismo, uno de los temas de nuestro tiempo más ampliamente analizado, es al mismo tiempo, uno de los peor entendidos”*. El entonces profesor de Cambridge (Massachusetts), que lo publicó debidamente subvencionado por la Thyssen Foundation, añadía lo siguiente:

Este libro es consecuencia de un estudio de la guerra de guerrillas, pero difiere de él en algunos aspectos esenciales y también en que es heredero de una tradición diferente.

Para Laqueur en la “Introducción” a la edición española, el terrorismo se daba siempre en oleadas. Le parecía que, salvo con algunas excepciones, estaba declinando. Allí donde el terrorismo “*se había mostrado muy agresivo hace sólo unos pocos años, había disminuido... me refiero, por ejemplo, al Oriente Medio, a Latinoamérica e incluso a Irlanda del Norte*”. Esto es lo que dijo en aquella coyuntura.

No puede extrañarnos ahora, veinticinco años después de su aparición, que el libro “Terrorismo” tuviera éxito en los Estados Unidos porque se trataba de un texto tranquilizador. No se trataba, decía, de un movimiento de masas, sino de acciones realizadas por grupos muy pequeños que se daba sobre todo en los países que perdieron la segunda guerra mundial y que no se producía casi nunca en países pequeños o en ciudades de poca importancia. En Italia, Laqueur veía debilidad del Estado. En España, temores de pérdida de la identidad nacional, se entiende vasca. En Turquía, actuaciones extremistas dentro de la vida universitaria y en Argentina, una sangrienta ola de represiones. Pero añadía —la cita es textual—:

el terrorismo palestino ha ido decayendo durante los últimos años. De hecho se han producido más asesinatos entre los árabes que intentonas contra Israel... el terrorismo nacionalista-separatista del Ulster parece retroceder.

Laqueur despreciaba la postura nada tranquilizadora del teólogo Wilhelm Kasch para quien “el terrorismo era constituyente inevitable de una sociedad sin Dios, *la consecuencia del «ateísmo metodológico»*”. Corregía al teólogo diciéndole que el fanatismo no era monopolio de los ateos. Rechazaba, pues, cualquier referencia “*al impulso de destruir —a uno mismo y a otros— surgido de una desesperación radical; como una nueva forma de «enfermedad hacia la muerte»*”. Nada, pues, —según Laqueur— venía del “nihilismo” nacido en la sombra de Kierkegaard y Heidegger que —según Kasch— “*se manifiesta en la incapacidad para hacer causa común con otros*”.

Para Laqueur, un anglosajón, los orígenes del “terrorismo” estaban en el anarquismo, es decir, en el refugio en el anonimato y en la tendencia a la violación de normas establecidas que le eran consubstanciales a la anarquía. Era la imagen que aparecía en Dostoiewski. El terrorista es un anarquista extranjero, que anda siempre tirando bombas, desgredado, con una barba negra y una sonrisa satánica de perturbado, fanático, inmoral, siniestro y ridículo. Según ella, el terrorista era sólo una respuesta a la injusticia. Se reduciría su virulencia si hubiera justicia social porque los terroristas sólo son unos fanáticos empujados a la desesperación por las condiciones intolerables de existencia. “*Son pobres y su inspiración es profundamente ideológica*”. Y concluía diciendo:

Terrorista era cualquiera que trataba de promocionar sus ideas mediante un sistema de coacción basado en el miedo.

Tanto era así que, para Laqueur:

el momento culminante del terrorismo en la Europa Occidental se produjo a partir del éxito de la “propaganda mediante la acción” propia de los anarquistas en los años noventa del siglo XIX. El antiguo concepto del tiranicidio justificado suministró inspiración al pensamiento terrorista del siglo XIX.

Sin embargo, no era del todo imposible vislumbrar entre las líneas de su obra que allá por los decisivos años setenta del pasado siglo XX resurgía en la literatura alguna referencia del nihilismo como si fuera éste un acompañante necesario de la desesperanza del terrorista. El terrorista siempre era alguien que había sido adoctrinado por algún representante cualificado de una ideología nefasta. Y era verdad que la defensa pseudolegitimadora de aquellas acciones violentas formaba parte de la literatura subversiva en curso, fuera éste un curso legal o un curso clandestino. Había, pues, una nueva conexión entre el terrorismo y el nihilismo. Pero esta conexión tenía (o parecía tener) las notas morbosas de lo enfermizo.

Sólo algunas ideologías (sectarias o sectoriales) y sólo algunos ideólogos (radicales o exaltados) eran responsables de la transformación de una idea en un acto, de unas ideas diabolizadoras de unas personas (en particular) en los actos criminales dirigidos contra estas personas (en particular). No se trataba, pues, del progreso del “nihilismo” sino de una especie de rendición de cuentas que se hacía desde fuera de la ley. Si en la sociedad dejaba de ser efectiva la justicia, el ser más justiciero podía llegar a ser, precisamente, el terrorista más audaz. Y esa

justicia podría en ocasiones legitimarse socialmente si se seguía diciendo con frecuencia en los medios de comunicación social que le resultaba imposible al terrorista evitar que fueran víctimas de sus artefactos mortíferos algunas personas, inocentes sí, pero no del todo ajenas a la injusticia generadora del atentado o de la serie de atentados.

El uso secreto de la violencia para fines políticos le pareció a Walter Laqueur la clave del terrorismo del siglo XX. Se ejercía la violencia sólo contra un gobierno (o contra otro grupo social de clase o de partido) y siempre para reparar agravios, para tomar el poder o para liberar al país de un ejército ocupante.

Los grupos terroristas, en contraste con las unidades de guerrilleros, no crecen más allá de cierto límite... Las campañas de terrorismo en las ciudades rara vez duran más de tres o cuatro años. El terrorismo es un hecho ligado a la rebeldía generacional. Los anarquistas eran pobres. Los terroristas modernos no viven únicamente del entusiasmo; necesitan grandes cantidades de dinero.

El método de investigación propio de Laqueur, aparentemente positivista, quedó del todo marcado por esta personal actitud tranquilizadora hacia los miembros de la sociedad del bienestar. He aquí una muestra de su sentido:

En 1968 se produjeron en todo el mundo 35 secuestros de aviones con éxito; la cifra se elevó a 87 en 1969 y a 83 en 1970; se dieron otros 58 casos en 1971, 62 en 1972 y un claro descenso a 22 en 1973.

En absoluto sospechaba Laqueur que pudiera darse cambio cualitativo alguno en el alcance del atentado terrorista y en su punto de aplicación.

En último análisis, —escribe— lo que cuenta no es la magnitud de la operación terrorista, sino la publicidad... Los medios de comunicación, con su tendencia inherente hacia el sensacionalismo, han exagerado los éxitos terroristas perdiendo siempre de vista su importancia intrínseca.

El que Walter Laqueur fuera tanto un historiador como un comentarista británico de origen alemán, nacido en Breslau el 26 de mayo de 1921 y finalmente instalado en la Universidad de

Telaviv (Israel), no debe hacernos olvidar el fondo de su actitud optimista. Este optimismo le lleva una y otra vez a la idea de estar analizando sólo meras oleadas terroristas de breve duración que se amparan en la vulnerabilidad psicológica de los jóvenes más idealistas. Su interpretación del terrorismo multinacional adolecía del mismo fallo.

El terrorismo multinacional alcanzó su apogeo en los primeros años sesenta, al producirse una íntima cooperación entre pequeños grupos terroristas de muchos países, con los libios, los argelinos, los norcoreanos y los cubanos actuando como tesoreros... El terrorismo llegó a hacerse casi respetable y llegó a crearse una importante mayoría en las Naciones Unidas opuesta a que se adoptaran efectivas medidas internacionales para combatirlo.

Y es que cuando se quiere desprender al terrorismo del último tercio del siglo XX de las ideologías totalitarias o nihilistas —tal era el terrorismo real del año en que Laqueur escribía “terrorismo”— sólo se llega a esta discreta acusación:

Los regímenes más opresivos no sólo están libres de terrorismo, sino que han ayudado a lanzarlo contra las sociedades más permisivas. Con las bombas de relojería dejadas en sitios públicos y el envío de cartas-bombas, la lucha ha pasado a ser anónima y ha desaparecido gran parte del heroísmo y del sacrificio. En algunos casos, el terrorismo se ha burocratizado y en otros se manipula desde lejos.

La conclusión de Laqueur sigue siendo tranquilizadora:

las metas del terrorismo han cambiado y el terrorismo con ellas... el terrorismo se ha dado cada vez con más frecuencia en sociedades en las que es posible el cambio pacífico.

Laqueur, que nunca se desprende de sus conocimientos sobre la guerra de guerrillas y sobre el consiguiente anarquismo, subrayaba así la tesis del español Romero Maura, relativa al periodo que condujo a la Dictadura de Primo de Rivera en 1923.

El anarquismo y otros movimientos revolucionarios sólo han tenido fuerza cuando también eran posibles otras alternativas políticas más moderadas.

Como Robert Moss, que escribió en 1972 el libro “The War for the Cities” (pronto traducido a la lengua española como “La guerrilla urbana”), Laqueur creía que donde había terrorismo se daba también un cierto vacío de legitimidad. El atentado terrorista era, pues, poco probable o simplemente un fenómeno esporádico, si la legitimidad del sistema no se ponía en cuestión.

Si el terrorismo ha logrado algún éxito, ha sido contra gobiernos democráticos o dictaduras poco eficaces.

El cansancio intelectual que a Laqueur le produjo el tema terrorista le llevará a esta peregrina conclusión:

la narración novelesca ofrece más posibilidades de contribuir a una mejor comprensión del fenómeno terrorista que la ciencia política. La narración novelesca es una cantera en la que pueden encontrarse ricos filones.

Naturalmente que el guerrillero, el rebelde, el anarquista y el terrorista de las novelas ofrecen a la imaginación de los escritores que se recrean en una función crítica oportunidades múltiples para decir lo que cada uno pretenda mostrar como verdadero. Por esta vía literaria Dostoiewski describió las consecuencias concretas y nada utópicas del nihilismo que ahora no le interesaban a Laqueur. Y es que desde la religiosidad angustiada de Dostoiewski “*el terrorista era nada más y nada menos que el anticristo, la encarnación del mal supremo, la negación de todos los valores*”. Y no simplemente un descontento fugaz.

Cuando Laqueur llegue al Capítulo V de su obra, titulada por él “El terrorismo, hoy”, se verá forzado a ocuparse del terrorismo propio de lo que llamaba “La Nueva Izquierda”. Y nos dirá que “*con el alborar de la época permisiva, se hizo mucho menos arriesgado practicar el terrorismo*”. Y esto sí que le empezaba a preocupar.

Incluso en los países occidentales el terrorismo se hizo claramente impopular en el momento en que dejó de ser una leve molestia y se convirtió en un grave inconveniente para la marcha de la sociedad.

Nada había, pues, que debiera preocupar demasiado a la civilización occidental. Porque la conducción suya era ésta:

A pesar de todas las reservas, la ola de terrorismo político estaba indudablemente retrocediendo.

La clave, no obstante, —y ésta sería la mejor aportación de Laqueur— sí es cierto, decía, que está en la permisividad.

Si el terrorismo es el pez, lo que necesita para sobrevivir es el agua de la permisividad de la sociedad liberal o de la ineficacia de los regímenes autocráticos... Todo está permitido puesto que todo el mundo es culpable menos él.

Todo esto tiene algo de contradictorio. El terrorista se beneficia de la permisividad, —a mi juicio, una desviación torcida de la tolerancia— pero el terrorista no ofrece a sus víctimas el menor margen de permisividad. El terrorista siente, —o alguien le hace sentirse— justiciero implacable. Se siente a sí mismo inocente del todo, —héroe y mártir en una pieza— aunque ejecute actos malignos. Pero, al mismo tiempo, siente que él está rodeado de culpables para quienes no cabe tener misericordia. La frase de Sartre, “*el infierno, son los otros*” bien podría servir como el lema universal del terrorismo.

Este horizonte mental es el que vamos a tener a la vista al comentar las obras de Barzun, Revel, Gluksmann, Levy, Castells, Ramonet y Lepéche.

Volvamos, pues, a lo que nos hizo iniciar estas reflexiones: a los medios de comunicación social. No es tarea del todo fácil descubrir en las aportaciones de los hombres que están a cargo del pensamiento occidental en los medios de comunicación social, que exista un suficiente acuerdo entre ellos mismos sobre lo que sea el fenómeno terrorista. Más difícil aún sería descubrir en sus frecuentes escritos una conexión del tipo causa-efecto entre unos modos de

pensar y unos modos de proceder, que necesariamente se dé en los grupos terroristas. Y es que las ideas que generan en el terrorista la realización de los atentados aparecen en los ensayos y en los artículos de prensa apenas conectadas con el empleo de las técnicas de agresividad que consideramos propiamente terroristas.

Una cuestión que suele darse por supuesta como válida por estos intelectuales es la relativa espontaneidad de la réplica terrorista a una situación injusta (o entendida por alguien como radicalmente injusta). Brotan los atentados allí donde hay múltiples abusos del poder que, desde luego, engendran sufrimientos a gentes inocentes. Consiguientemente, la culpa no es originariamente del agente terrorista sino del inductor capitalista. Es más, el ejecutor del atentado más brutal e indiscriminado (el que se inmola a sí mismo) aparece cargado de atenuantes. No es él mismo el asesino responsable en la misma medida en que lo son 1º) quien previamente le fanatizó; 2º) quien le pagará el servicio a sus familiares más directos; 3º) quien le ha financiado los preparativos y 4º) quien le ha ofrecido la seguridad de un póstumo homenaje a su memoria.

La culpa queda, pues, distribuida entre dos sectores muy amplios de la población mundial a los que difícilmente llegarán las graves sanciones de los tribunales de la justicia. O la tienen los ricos en general (por ser propietarios abusivos del bienestar posible) o la tienen, no los pobres, sino otros seres sólo relativamente ricos pero con dinero suficiente para encandilar a unos pobres desgraciados haciéndoles creer que ellos serán los héroes o los mártires de una revolución en ciernes cuyo definitivo triunfo no podrán contemplar desgraciadamente.

Otra cuestión que también suele darse por supuesta en los medios sociales es la dosis de fanatismo, más bien religioso que político, que se concentra sobre el agente terrorista en mucha mayor medida que se concentra en los dirigentes de la red clandestina, casi siempre unos seres agnósticos. El dirigente a distancia de los impresionantes atentados terroristas del siglo XXI suele ser (o aparecer) como un hombre culto y educado, como un buen organizador y como un mejor encubridor de los delitos, cuyo nivel de vida se nos acabará desvelando muy alto y cuyo prestigio social se adorna de retóricos razonamientos y de forzadas legitimidades. No era su grandeza moral (o su ejemplaridad ética) lo que mejor explicaba la docilidad de sus secuaces sino la habilidad que tenía aquel dirigente para vestir con rasgos diabólicos a todo el entorno de una civilización poderosa (que, naturalmente, es la civilización occidental y cuyo núcleo se encuentra en los Estados Unidos de América). Del “otro”, se nos dice que está demonizado. Pero mi “jefe” debería estar, cualquiera que sea su proceder, sacralizado y, por lo tanto, habrá de

ser obedecido a ciegas. El terrorista será obediente (como agente) donde el nihilista era arbitrario (como dirigente).

En cambio, nunca suele darse por firme cual sea el caldo nihilista de cultivo que suele envolver tanto al terrorista mismo como a sus dos grandes inductores sitos a mayor o menor distancia, el hombre rico que abusa de su bienestar y acumula más y más riquezas y el menos rico que logra movilizarle nada menos que hasta convertirle en un ser tan asesino como suicida. No suele darse por firme en los medios de comunicación la existencia de una estructura ideológica nihilista como lo que es: el acompañante necesario y suficiente del fenómeno terrorista. Y no se llega a esta certeza interpretativa del fenómeno terrorista porque se parte ingenuamente de la contraria. Se nos repite cada jornada que el terrorista es un fanático religioso.

El fanatismo religioso —esto suele decirse también del fundamentalismo religioso y, en ocasiones, del integrismo o del puritanismo—, es una secuela de la religiosidad tal como la entiende el mundo occidental y no de las increencias cuando éstas se generalizan en Occidente más aún que en Oriente. Esta es la tesis que más veces se nos repite a los ciudadanos en los televisores.

Ciertamente que se habla en los libros de mayor actualidad y con más éxito popular del nihilismo como si fuera una característica del pensamiento occidental contemporáneo. Alguien (Glucksmann) ha llegado a decir que todo el futuro, como nueva época de inmensa duración, pertenece al nihilismo, tal como habían pertenecido a la creencia los dos milenios anteriores a la actualidad o como, a su juicio, perteneció a un naturalismo pagano el milenio anterior al comienzo de la era cristiana (Lèvy). Pero una cosa son las afirmaciones de los textos filosóficos (Barzún y Revel) sobre las características del tiempo presente y otra las advertencias acerca de la peligrosidad de unos modos de pensar. El modo de pensar que viene del nihilismo no suele aparecer en los medios de comunicación social cuando se habla de las raíces de la violencia. No aparece siendo lo que es en realidad: el fenómeno inspirador de las conductas del terrorista. (Castells, Ramonet y Lépèche). Y esto es lo sorprendente.

Hemos citado ya, sólo de refilón, los nombres de los siete intelectuales (o comentaristas) vivos e influyentes que, a mi juicio, están en óptimas condiciones para hacernos ver lo que Ortega y Gasset solía denominar el estado de cuestión: Jacques Barzun, Jean-François Revel,

André Glucksmann, Bernard-Henry Lèvy, Manuel Castells, Ignacio Ramonet y Thèrese Delpech. Estos siete escritores tienen raíces profundas ancladas en lo que para mejor entendernos vamos a llamar la cultura francesa. Los siete se han mostrado atentos a la realidad social que les es contemporánea, fijándose mucho en las raíces de la violencia característica del mundo que se pretende ya modernizado. Los siete se han tomado una cierta distancia respecto a la polarización que Occidente está viviendo a la hora de determinar el modo correcto de operar frente al fenómeno terrorista. Pero ninguno de los siete, siendo en general tan críticos de las decisiones de la Presidencia de los Estados Unidos de América como de la Presidencia de la Quinta República Francesa, se nos decanta del todo en su modo de pensar hacia la íntima conexión entre un “nihilismo” (cultural) y un “terrorismo” (político). Los siete le dan vueltas y vueltas a la situación dada, a mi juicio, sin caer en la cuenta de que la clave de ésta no radica en la versión fundamentalista de la religiosidad islámica en conflicto en el laicismo apático de la civilización occidental. Esta no es la más clara de las explicaciones del fenómeno terrorista. Tienden los siete a excluir de la comprensión del fenómeno de la violencia colectiva y social el sentido que en muchos pensadores de Occidente tiene (o tuvo) la apología discreta del nihilismo que en su día propiciaron.

Un catedrático español, Dalmacio Negro, contra viento y marea, ha escrito recientemente en su columna del diario madrileño “La Razón” del martes 11 de febrero del 2003 esta original descripción en el contexto de esta tesis: “La opinión pública como superpotencia”.

El “nihilismo” es una consecuencia de la destrucción de la tradición —usos, costumbres, hábitos de comportamiento, lenguaje, sentido del deber y en definitiva, el sentido común— y de la autoridad en la familia, en el Estado, en la Iglesia, en la sociedad y las instituciones, en la educación, la política, el arte y la literatura... Se generalizan así la desconfianza social, compensada por un abstracto humanitarismo sentimental y el desinterés por la verdad, sustituida por la utilidad.

El “nihilismo” supone, pues, el simultáneo abandono de la tradición, de la autoridad y de la verdad. Algo que, sin duda y a mi juicio, no se compensa ni por el abstracto humanitarismo sentimental ni por la mera utilidad... “*Al considerarse cada hombre autoridad, la opinión individual sustituye a la verdad, prevaleciendo la opinión pública convertida en juez absoluto de todo*”.

En efecto, allí donde cunde el “nihilismo” es donde mejor prevalece la opinión pública como un juez absoluto de todo. Y la opinión pública sobre el fenómeno terrorista, lejos de subordinarse al riguroso análisis de la realidad cumplido por algunas personalidades muy competentes, se yergue sobre el tópico de lo sentimental cuando es aceptado como algo simplemente útil para seguir viviendo. Y así, el atentado terrorista que a veces provoca, desde luego, compasión para las víctimas sirve de ocasión, simultáneamente, para condenar de nuevo sólo a los seres a quienes más se envidia.

En definitiva, el estado de la cuestión terrorista apunta en nuestros siete testigos de cultura francesa, —no de nacionalidad francesa— hacia dos explicaciones antagónicas. La explicación mejor aceptada por ellos se fija, al describir al terrorista como tipo humano, en las religiosidades es él exacerbadas por causa de su actual crisis. Reúnen en una sóla las imágenes del héroe y del mártir para dibujar (o retratar) al terrorista que se suicida. La segunda explicación no acaba de ser considerada por ellos mismos como una verdadera hipótesis de trabajo. Es la pérdida de las creencias y el desprecio radical a la existencia de Dios lo que generaliza en las gentes un tipo agresivo de conducta hacia sí mismo, hacia los demás y hacia quienes define el terrorista como sus enemigos; es esto lo que más se repite en quienes ahora se quedan sin fundamento y sin forma. Lo expresaba un personaje de Dostoiewski con esta terrible frase. *“Si Dios ha muerto, todo está permitido”*. Esta es la polaridad de interpretaciones realmente vigente: fanatismo versus increencia.

Sin llegar a plantearse cuales podrían ser las mejores vías para clarificar el dilema de explicaciones aquí apuntado, los grandes creadores de opinión pública nos siguen aportando, día a día, sus propias teorías en las páginas de los medios de comunicación social. Hoy, en Occidente, podría decirse que la citada polaridad tiende a reducirse a un problema de estrategia a medio plazo. Ciertamente que se debería preparar una eficaz lucha contra el terrorismo. De entrada, el terrorismo es un mal. Pero ciertamente también que esta lucha contraterrorista admite variaciones de significado que en su esencia son políticas. La lucha deberá ser: **a)** una verdadera guerra, del todo rigurosa e intransigente con los actores, los inductores y sus cómplices de cada atentado terrorista o **b)** una discreta lucha, tolerante y permisiva, que se hará compatible con la esperanza de producir antes el cambio corrector en la civilización occidental que la enmienda en el modo de pensar de los ideólogos del terrorismo.

Para percibir la coexistencia de las dos líneas de acción nos debería bastar la lectura de los titulares de la prensa que mejor se vende y que con más entusiasmo se comentan. Esta lectura también puede reducir a dos polos las posturas de los protagonistas de la polémica estratégica frente al terrorismo. En una de las posiciones se sitúa a la Presidencia de los Estados Unidos (y a los Gobiernos que se comportan como sus verdaderos aliados). En la otra se colocan sus críticos o aliados ocasionales, que en definitiva, son los mismos críticos de siempre desde el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. El último medio siglo de la historia universal nos revela la persistencia del mismo dualismo estratégico. Incluso cabe decir que en la propia Presidencia de los Estados Unidos (y en la cabecera de sus verdaderos aliados), —excluyo a los aliados ocasionales de los Estados Unidos siempre frecuentes— se han instalado alternativamente personalidades al servicio de ambas estrategias, —la que tiene prisa por ganar y la que demanda demoras para la acción contraterrorista.

No se trata de poner de relieve una inmensa simplificación de carácter maniqueo. Las dos estrategias para vencer en la lucha contra lo que se define como malo son siempre posibles. Nunca se alza ninguna de las dos con una victoria que parezca definitiva. Basta que una de las dos progrese con éxito para que la otra se recupere y ofrezca de nuevo otra alternativa. Lo más claro para entender la situación realmente dada sería concluir que la capacidad terrorista para herir mortalmente todas y cada una de las posibilidades occidentales a favor de un nuevo orden mundial en relativa armonía es una capacidad muy limitada. Pero la capacidad terrorista no es desdeñable. Sólo podemos confiar en el logro de situaciones de relativa seguridad que aminoren temporalmente las amenazas y los riesgos.

Un procedimiento, a mi juicio válido, para mejor poner de relieve la prevalencia del conflicto estratégico en el seno de la vida occidental sería aquel que pusiera entre paréntesis el juicio de valor negativo hacia el terrorismo que las dos opciones estratégicas comparten y que se dejara a la vista cuales son las argumentaciones más reiteradas de una y otra tanto favor de la estrategia activa como de la estrategia pasiva. Y ninguna base nos resulta a nuestro alcance para este empeño más efectiva que la geográfica. Los dos modos de pensar sobre el fenómeno terrorista tienden ahora, por la naturaleza de las cosas, a centrarse, el primero, en la cultura anglosajona y el segundo, en la cultura franco-alemana.

Esta primera aproximación no desmiente la evidente mezcla topográfica de actitudes hostiles entre sí que se pronuncian en todo Occidente cuando se habla de terrorismo. Pero salta a

la vista que el balance de las contrariedades tiene otro tono cuando se estudia por separado lo que proviene de mentes anglosajonas y lo que proviene de la cultura francesa, pongo por caso. Las posturas de los creadores de opinión pública en el corazón franco-alemán de Europa Occidental tienen un soporte intelectual muy diferente al que alimenta las actitudes de los pensadores ingleses y norteamericanos. Los escritores franceses que hablan sobre “terrorismo” en uno u otro sentido (estratégico al elegir el modo correcto, a su juicio, de operar) nos dan unos argumentos muy específicamente pro nacionales. Los pro anglosajones no se desprenden del trans fondo globalizador. Pero ni unos ni otros se ocupan del “nihilismo”, que es lo que a mi juicio les aproximaría a ambos en sus designios estratégicos.

Hemos seleccionado en este “Cuaderno de Estrategia” una parte de la obra de siete intelectuales con vocación de publicistas no precisamente franceses todos ellos, pero sí marcados por el reconocimiento de su obra en Francia. Son siete los nombres que vamos a citar, en principio, por el orden de las fechas de su nacimiento.

Son, el primero, un ciudadano de los Estados Unidos, Jacques Barzún, que nació en Francia en 1907 y emigró definitivamente a Nueva York en 1919 a los doce años de edad para convertirse en un eminente hombre de cultura. Su obra más madura “Del Amanecer a la Decadencia: Quinientos años de vida cultural en Occidente” (De 1500 a nuestros días) deja en los lectores el poso de una reflexión serena donde el terrorismo no ocupa ninguna posición central.

Viene a continuación un francés de pura cepa nacido en 1924, Jean-François Revel, cuya inmensa capacidad de síntesis se aplica cada día más al estudio de los acontecimientos inmediatos en la prensa diaria. Revel se muestra preocupado por los efectos sobre la toma de decisiones de los grandes tópicos y, por lo tanto, resulta fácil reconocer que ha pasado a ser un crítico de su propio país en el momento actual.

Ni que decir tiene que los dos autores que les siguen en este sondeo a Barzún y a Revel se mueven en un plano del todo político, —el de las ideas políticas— como hombres que son de otra generación. Son los “*nuevos filósofos*” del mayo francés de 1968 André Glucksmann y Bernard-Henry Lévy, nacidos respectivamente en Boulange (Francia) en 1937 y en Beni Saf (Argelia) en 1948. Estos dos nombres son los más decididos intérpretes, cada uno a su modo, del fenómeno terrorista más actual.

Nos quedan para consumir el recorrido otras tres personalidades de la pluma que aquí cumplen una función de contrapunto. Primero, un español, Manuel Castells, nacido en Hellín en 1942, seis años mayor que Bernard-Henry Lévy. Trasladado a Barcelona de niño con toda su familia y luego por decisión propia a Francia (París) para seguir en esta ciudad sus estudios de derecho y de economía, fue testigo del mayo revolucionario francés del 68, y siendo discípulo distinguido de Alain Touraine y por lo tanto de ideas socialistas. Pasó a ejercer el profesorado desde 1979 en la Universidad de Berkeley (California). Después nos ocuparemos de otro español, Ignacio Ramonet. Por último analizaremos el contrapunto francés, también internacionalizado, de una mujer Thèrese Delpech, mucho más joven que todos los anteriores y más preocupada si cabe en la previsible derivación hacia el empleo internacional de la indudable capacidad de herir que tiene a su alcance el terrorismo aquí y ahora, si dispusiera de armas de destrucción masiva.

Los siete autores citados tienen muy poco que ver entre sí. Se les ha escogido como muestra diacrónica de un proceso que sucede en la cultura francesa, aunque también se aplique a los Estados Unidos o a España. El análisis del pensamiento del español Castells (que hemos situado rompiendo el respeto absoluto a la cronología detrás de Levy y no delante) resulta válido porque desde su retorno a lo anglosajón no sigue la línea más centroeuropea del indestructible binomio francés de mayo de 1968, Glucksmann-Levy. Si hubiera que reconocer entre los siete pensadores a sólo dos relativamente próximos entre sí, serían Glucksmann y Levy. Por eso los hemos colocado juntos y no separados por el nombre de Castells y a éste precediendo a Ramonet, el más radicalmente hostil a la globalización (si sigue encabezada por los intereses de los Estados Unidos) de los escritores estudiados.

Jean-François Revel fue, primero, doctor en Filosofía por la Escuela Normal Superior de París. Todavía joven, ejerció el profesorado en Méjico y Florencia para optar a los 39 años de edad por la dedicación plena al periodismo, quizás estimulado por el éxito de sus críticas literarias aparecidas en “France-Observater” y, sobre todo, en “L’Express”, un medio del que alcanzó la dirección en 1978. Su plataforma actual de proyección radica en los editoriales de “Le Point”. Es un lugar común decir que ha venido a ocupar el sitio que dejó vacante a su muerte Raymond Aron. La explicación puede estar en sus paralelos tránsitos desde el socialismo hacia el liberalismo y en sus respectivas independencias de criterio respecto a la política francesa en curso.

Revel formula su crítica política desde la cultura, algo que le va pareciendo día a día un fenómeno más bien occidental que sólo francés. Los títulos de sus mejores libros, casi siempre adelantados en forma de breves artículos, son muy expresivos de su talante crítico. El éxito le acompañó en 1976 con “La tentación totalitaria”, donde dejó dicho que *“el principal obstáculo al socialismo no es el capitalismo, sino el comunismo. La sociedad socialista futura no puede sino ser planetaria, y ella se realizará sólo al precio, si no de la desaparición de los estados nacionales, al menos de su subordinación a un orden político mundial”*. Todavía se movía entonces dentro de la posibilidad de una política de izquierdas nada totalitaria y apenas atenta a la estatización de los medios de producción.

Gran resonancia tuvo la agresividad dialéctica de su libro “Ni Marx ni Jesús” del año 1970. No había, a su juicio, una tercera vía entre el socialismo y el liberalismo que pudiera calificarse de cristiana. La socialdemocracia, el socialcristianismo y la democracia cristiana (por socializante que pretendiera ser en la Italia de Aldo Moro) son para él variantes del liberalismo. La única alternativa al socialismo soviético tiene que ser la civilización del capitalismo democrático.

Las verdaderas revoluciones —las únicas que triunfan— son las que pasan inadvertidas y están desprovistas de violencia o de fanatismo religioso.

La preocupación por no cometer errores irreversibles en el ámbito occidental le llevó más tarde a publicar “Cómo terminan las democracias” en 1983, una obra que anunciaba otras dos: en 1984, “El rechazo del Estado” y en 1987, “El terrorismo contra la democracia” ambas alusivas a la debilidad del pensamiento democrático en su lucha contra los regímenes comunistas. La caída del *“muro de Berlín”* no se había alentado desde Occidente porque la educación universitaria, ante todo durante la presidencia de François Mitterrand, había defendido la idea de dar por irrecuperables los espacios ganados por el marxismo-leninismo.

Como periodista, la obra principal de Revel se resume en términos de teoría sobre la información en “El conocimiento inútil” (1988). Era una denuncia del modo como la prensa europea de izquierdas mezclaba opiniones y juicios de valor presentando por sistema numerosas falsedades, eso sí cargadas de su propia ideología, cual si fueran pura información. Con este libro culminaba su demoledora crítica de la izquierda intelectual de su propio país. Revel desvelará

finalmente, hacia 1992, la ineficacia francesa para la verdadera y estimulante creación filosófica, *“No es por casualidad que la pobreza filosófica reine en Francia a partir de comienzos del siglo XIX, es decir, desde la creación (napoleónica) de la universidad”*.

En los tres últimos años el editorialista de “Le Point” ha profundizado en la autocrítica de la cultura progresista de Francia. Su figura ha quedado convertida en polémica. Y la polémica le ha aislado tanto más en la medida en que él se ha aproximado en política internacional a los postulados de una parte de la inteligencia norteamericana, a su juicio, la más auténticamente liberal. Sus incursiones en el tema del terrorismo transnacional han tenido más fortuna fuera de Francia y hay que decir que son las suyas unas opiniones cada día más certeras y valientes.

Contrapesar a la obra más reciente de Jacques Barzún, un veterano de las letras, con la de Jean-François Revel, ambas en el horizonte del pensamiento de Raymond Aron sería un buen ejercicio. Sobre todo, si se hace a sabiendas de la distancia que entre los tres se abre hacia la opinión hoy más generalizada en la universidad francesa, una opinión que se nos queda ostentosamente fuera del trinomio Aron-Barzún-Revel.

La posición intelectual de André Glucksmann (en cierto sentido paralela o precursora de la de Henry-Bernard Levy) resulta esclarecedora de un giro (también extrauniversitario) padecido durante estas tres últimas décadas por Francia. Si el trinomio Aron-Barzún-Revel todavía operaba críticamente desde una sociología general y desde un periodismo militante firmemente anclado en una filosofía típicamente moderna (la filosofía de la Ilustración), el binomio Glucksmann-Levy opera (más críticamente aún) desde unas ideas políticas del todo decididas a la ruptura de una continuidad, no tanto con el pensamiento tradicional (anterior y posterior al Renacimiento) como con el pensamiento moderno (anterior y posterior al Idealismo y al Materialismo, ambos dialécticos), que es el que predominó en Francia a finales del siglo XX.

Hay, sin embargo, un elemento común para todo el cuarteto de testigos ya reconsiderados por mí en este estudio preliminar, que es la condena del stalinismo. Glucksmann es un discípulo de Althusser, pero apenas se mantiene fiel a sus postulados marxistas. Su ruptura con los postulados soviéticos está fechada, como tantas otras, en mayo de 1968, pero no para recuperar la cosmovisión occidentalista moderna por donde circulaban las ideas de Aron, Barzún y de Revel, sino para abrirse hacia el anarquismo. Glucksmann aborrece el pensamiento sistemático, sea éste el medieval de Dante o el renacentista de Bodino. Y también el de los edificios

culturales de quienes llamó los maestros pensadores (Fichte, Hegel, Marx y Nietzsche) para quedarse con el ensayismo al margen de la filosofía y de la ciencia que atribuye al magisterio de Montaigne en el siglo XVI y al de Freud en el siglo XX. Hitler y Stalin son para él los hijos del Estado Racional de Fichte, del Estado Totalitario de Hegel, de la Dictadura del Proletariado de Marx y de la Voluntad de Dominio de Nietzsche. El nihilismo (algo que, en definitiva él preconiza contra cualquier forma de creencia o de cultura fundamentada en una armonía) le parece a Glucksmann la auténtica respuesta occidental al desvarío actual del pensamiento del propio Occidente.

Glucksmann, con mayor firmeza que su compañero de aventura Levy, es el único de los cuatro autores que pone en íntima relación “terrorismo” y “nihilismo”. No los presenta como una cualidad del Tercer Mundo o como una herencia de culturas orientales o de civilizaciones resistentes a la globalización, sino como algo que brota por vía bastarda desde el seno de la cosmovisión cristiana. El nihilismo, que se le impone como realidad irresistible, está dentro de los supuestos ya experimentados por Occidente. Es un fenómeno que emerge de su propio seno, por causa de una lucidez sobrevenida. Su serie de libros, “El discurso de la guerra” (1967), “La cocinera y el devorador de hombres” (1975), “Los maestros pensadores” (1977), “Cinismo y pasión” (1981), “La estupidez” (1985) anuncian el último asalto a su interpretación de la situación que, a su juicio, no es otra que “La tercera muerte de Dios” (2001) su réplica inmediata al atentado de las Torres Gemelas.

Glucksmann pretende haber asumido la actitud hacia el mal que considera propia de Orestes y de Sócrates. Quizás la de Montaigne y la de Descartes. La provisionalidad, la precariedad, la aporía y la incertidumbre han de pesar más que la Verdad, el Bien y la Belleza que, a su juicio (propio de un postmoderno) han desvelado ya suficientemente su insoportable carga de horror y de muerte. No se trata de soportar al terrorismo sino de combatirlo: pero haciéndolo desde la increencia, la desesperanza y la enemistad del nihilista. Nada tiene de particular que, finalmente, para explicar lo ocurrido en septiembre del 2001 sobre Nueva York, se apele a Dostoiewski y a su doctrina sobre la permisividad más absoluta deducida por él de la “tercera muerte” de Dios. Cuando, finalmente, quiera ofrecer sus propias soluciones se detendrá en una cuestión política secundaria. Glucksmann echa de menos la unidad de Occidente en la guerra, que no lucha, contra el terrorismo. Y reincidirá en el error de ver en el alma del terrorista más religiosidad que increencia o anomía.

Bernard-Henry Levy, otro alumno de la Escuela Normal Superior, como Revel, alumno predilecto de Derrida y de Althusser, pero mucho más joven (ya que no se diplomaría hasta 1968 con veinte años de edad) no se identifica con Glucksmann. Levy viene del judaísmo arraigado en Argelia durante la administración francesa y pasará por el maoísmo. Busca, pues, en los valores culturales más bien orientales la solución a los problemas del Tercer Mundo. Le hace famoso su libro “La barbarie con rostro humano” (1977) por su aversión hacia todas las estructuras de poder que, a su juicio, necesariamente acaban por ser totalitarias. La nostalgia hebraica de la trascendencia religiosa de Levy no aparece en Glucksmann, aunque sí la referencia al nihilismo increyente, desesperanzado y de hecho inamistoso de sus comunes interlocutores.

Levy quiso ver triunfar nuevas revoluciones allí donde las religiones monoteístas todavía no se habían asentado. Sus libros “Las aventuras de la libertad” (1991) y “La pureza peligrosa” (1994) adelantan esta pretensión rupturista con la tradición occidental que estallará en sus dos grandes reportajes titulados “El siglo de Sartre” (2000) y “La guerra, el mal y el fin de la historia” (el único que se refiere directamente al nihilismo manifiesto en el atentado del 11 de septiembre de 2001). Levy repite a su modo la imagen que quiso tener Sartre de filósofo risueño, frívolo, extraordinario, grotesco, turbulento para escándalo de los bienpensantes. El presunto “nuevo filósofo” se hace definitivamente “cronista guerrillero”. Narcisista hasta el colmo, prefiere descubrir guerrilleros románticos a desvelar las tramas terroristas mejor organizadas. La barbarie se distingue del salvajismo, nos dice. Lo bárbaro está en el corazón de Occidente y lo salvaje —el kamikaze, en definitiva— no es sino una grotesca imitación de la barbarie occidental.

Las actitudes de Glucksmann y Lévy vuelven a acercarse entre sí cuando se acogen ambos al sin sentido de las guerras del Tercer Mundo, un sin sentido menos culpable que el sentido racional que ellos encuentran en las guerras de Occidente. Y se acercan entre sí porque tras el sentido todavía razonable que tuvo la cultura occidental (incluso en sus aberraciones) se les desvela a las dos esa nostalgia de la trascendencia religiosa que está mucho más rechazada por Glucksmann que por Lévy.

La desaparición del sentido de la guerra sigue siendo —afirma éste— algo más que una idea, es un hecho en Occidente que ya estamos pagando al precio de este nihilismo activo y vivido.

Si los filósofos de la cultura Barzun y Revel apenas se introducen en la sociedad terrorista para mejor gozarse en las excelencias de la occidentalidad bien entendida, los publicistas Glucksmann y Lévy sí que lo hacen; pero para discernir sobre cual será el punto preferente de aplicación del terrorismo con base nihilista. El antiteísmo es más fuerte en el mayor que en el menor de los dos denominados “*nuevos filósofos*” del 68. Pero ambos separan al nihilismo increíble, desesperado y enemistoso de su propia realidad cultural francesa. Como para Sartre, el infierno son los otros: los grandes maestros para Glucksmann y los notables políticos norteamericanos para Lévy.

Con la desaparición de las últimas huellas de lo divino, hemos llegado a la culminación del nihilismo, un nuevo tiempo posthistórico en el que aparecen guerras en las que ni siquiera se cree ya en los grandes significados paganos de antaño.

Nuestros tres últimos testigos, Manuel Castells, Ignacio Ramonet y Thèrese Delpech recuperan por separado la sensatez y la racionalidad. Como los dos primeros (Barzún y Revel), ellos retornan al vínculo trasatlántico para intentar ver claro lo que les está pasando a los europeos. Su postura viene de la técnica occidental, convertida en panacea para corregir todos los males. Hay en ellos grandes dosis de escepticismo, por no decir de agnosticismo. En ambos, el español Castells y la francesa Delpech, hay un culto a la tecnología ni escéptico ni agnóstico. En el también español, Ramonet, el naturalismo y el ecologismo están más patentes, tan patentes como en los “nuevos filósofos” del 68 francés.

Los tres creen —siguen creyendo— en un cierto automatismo de la civilización moderna. Dejando sueltas las opiniones y liberando a las conciencias de su responsabilidad, los tres aceptarían cualquier decisión que viniera de una mayoría consensuada acerca o sobre lo que habría que hacer Europa. ¡Claro que denuncian unos peligros, como serían los provenientes de la nula protección de los arsenales de armas de destrucción masiva!

Los juicios de Castells y Delpech se saben respaldados por una cultura política como la europea, que sigue teniendo grandes posibilidades de utilización del poder en las grandes naciones occidentales, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Alemania, etc... Están, sin duda, preocupados por el fenómeno terrorista; pero dan la impresión de que lo que más les preocupa es que la reacción occidental dada en esos mismos cuatro grandes países (Estados Unidos, Francia,

Inglaterra y Alemania) sea demasiado fuerte y no se les permita a ellos como escritores de moda continuar pensando por libre en el ámbito de sus frecuentes predicciones estadísticas. Son, los dos españoles que se citan, unos prospectivos al servicio de unas hipótesis de trabajo que vienen de la Ilustración y que no reconocen otras raíces anteriores más sólidas a su propia formación cultural. El segundo testigo, Ramonet, es quien descalificará al occidentalismo quizás porque no cede a las obsesiones del Tercer Mundo de manera contundente.

Castells, en la semblanza que en este “Cuaderno de Estrategia” se le hace a partir de sus obras, aparece desde la fecha de su aceptación del profesorado en la Universidad californiana de Berkeley como un ciudadano del mundo, español de nacimiento, refugiado culturalmente en Francia y captado de algún modo por los Estados Unidos. Se le ve como si fuera todavía un joven con base ideológica marxista que se ha pasado del todo a las filas más maduras de la socialdemocracia. Su personal cosmovisión a favor del cambio está explícita en el título de su obra más sistemática, “La era de la información”, que es un intento deliberado de producción multicultural que, lógicamente, aplauden hombres como Anthony Giddens. La izquierda europea (cuyo triunfo él quiere propiciar) habrá de ser nada metafísica y del todo positivista. Es también el caso de Ramonet si bien éste opera mucho más impresionado por los alardes del movimiento contra la globalización.

Cuando se acercan al fenómeno (indeseado e indeseable) del terrorismo lo hacen apuntando los dos hacia el instintivo reagrupamiento de las gentes en torno a las identidades más primarias. Llegan a decir, sin aplaudirlo, que el fundamentalismo religioso se está convirtiendo en la fuerza más formidable de seguridad personal y de movilización colectiva. Frente a esta tendencia, Castells propone una especie de revolución global que nos eche en brazos de sucesivas identidades legitimadoras, resistentes y proyectivas cuyo acuerdo con las tesis de Giddens nos llamará la atención.

El terrorismo, de raíces fundamentalistas, nacionalistas u otras sólo sobrevivirá si se adapta a la sociedad-red y emplea sus recursos.

En definitiva, al terrorismo le ocurrirá lo mismo que a la sociedad global. Su carácter transnacional debilitará los instrumentos policiales y legales para combatirlo. De aquí que desde el 11 de septiembre del 2001 se comprenda porqué se haya optado por réplicas de carácter bélico

al menos en los Estados Unidos de América, en lugar de hacerlo con medidas difusoras del bienestar en beneficio del Tercer Mundo.

La opinión de Thérèse Delpech —el último de los siete testigos— no se sitúa del todo al margen de esta interpretación del fenómeno terrorista, al que ella concederá más posibilidades de empleo de los arsenales de armas de destrucción masiva. Como miembro muy activo de la Comisión de Inspección, verificación y vigilancia de las Naciones Unidas (precisamente para Irak) ella no ha desdeñado el estudio de esta pavorosa posibilidad. Propone, incluso que se funde una coalición antiterrorista que le dé cara a las nuevas amenazas. Lo suyo consiste en concretar lo más posible la verdadera condición para el logro de una mayor seguridad entre las naciones libres que es el consenso entre las grandes potencias.

Thérèse Delpech no es optimista. Cree que el estallido de un tipo asimétrico de guerra a cargo del terrorismo internacional es todavía posible y que esta posibilidad incluye el uso indiscriminado de armas insidiosas (o brutales) de destrucción masiva. El terrorismo es aceptado por ella como un riesgo nuevo, quizás con méritos suficientes para ser considerado el mayor de los nuevos riesgos. Es una grave amenaza para la paz, seguridad y estabilidad mundiales que hace peligrar incluso la integridad territorial de los Estados mejor desarrollados.

Thérèse Delpech utiliza en sus numerosos ensayos como prueba de la gravedad del trance el calendario de las resoluciones y recomendaciones de la “Carta sobre la Seguridad Europea”. Llamará la atención la prioridad que le da al ámbito geográfico del entorno de su propia patria, Francia. Pero desde el 11 de septiembre resulta más evidente aún lo mucho que le preocupan los “Estados fallidos” del resto del mundo que pueden ser invitados a recoger en su seno a las bandas terroristas.

Lo nuevo, viene a decirnos Delpech, es la capacidad no adivinada a tiempo en Occidente de los países poco desarrollados e incluso de los grupos de individuos refugiados en la clandestinidad para desafiar y herir gravemente a los Estados más poderosos con el uso de estrategias muy audaces. Las esperanzas de contar con un nuevo orden mundial se están desvaneciendo para personas como Thérèse Delpech.

Los ejemplos de “Estados fallidos” que sugiere Delpech no coinciden con los que en los Estados Unidos ocupan la atención mayor. Es claro que hay una percepción diferente: el

polinomio (Somalia, Yemen, Sudán, Indonesia, Filipinas, Ucrania, Georgia y la propia Rusia) se suma al binomio que obsesiona al presidente Bush (Afganistán e Iraq). Pero lo más notable de su diagnóstico es la referencia crítica a todo el continente africano y no solo al espacio islamizado del mismo. El terrorismo internacional, llegará a decirnos, es la cara oculta de la globalización. El suicidio como método eficaz de destrucción de vidas le parece ser uno de los principales instrumentos que emplean los grupos terroristas. Se multiplican los atentados si los terroristas tienen fundamentos religiosos cargados de radicalidad contra un mundo hedonista que teme a la muerte más que a cualquier otra cosa.

Aquí aparece una vez más la huella nihilista. El contraste entre la civilización occidental del bienestar (ajena del todo a la trascendencia religiosa) y las civilizaciones tradicionales (en crisis de crecimiento) se agudizará si se les habla de la muerte. Se ponen frente a frente, a un lado quienes de ningún modo quieren precipitar muerte alguna —sociedad del bienestar— y quienes asumen, desde el otro morir, y causar muertes en masa. Las dos posiciones son nihilistas y al mismo tiempo son contrarias. Entenderlas como una mera lucha por el poder mundial es minimizar al conflicto.

El actual terrorista, a mi juicio, no es sólo un opositor demasiado radical al poder establecido. Esta oposición sólo política expresa una incompatibilidad de mayor grado. El pensamiento de raíz nihilista propio del terrorista está dirigido a la destrucción del pensamiento hedonista propio del laicista occidental porque él mismo ha dejado de ser un hombre religioso. Hay pues, un choque de dos irreligiosidades incompatibles entre sí que en su lucha se conforman con hacer inviable a la que entienden mejor colocada para el inmediato disfrute de los bienes en la tierra sea la imperialista o pluralista.

Thèrese Delpech se niega a sacar esta conclusión. El peligro de las guerras que ella considera todavía religiosas le parece mayor que el de las otras guerras imperialistas o civiles. Dice que las religiones siempre tienen un poder más grande que las civilizaciones. Al oponerse a la famosa interpretación de Samuel P. Huntington sobre el choque de civilizaciones, no se atreve a afirmar que la violencia sea directamente proporcional al dato de que lo que vaya a chocar con más frecuencia de ahora en adelante vayan a ser dos civilizaciones igualmente marcadas por la increencia, una avanzada y otra retrasada. El caos, -una expresión que Delpech utiliza para referirse el desorden internacional- no viene del conflicto entre ateos y creyentes, sino de la

obsesión por el disfrute que de manera diferente ha ganado tanto a una civilización, increyente respecto a lo cristiano como también a otra civilización, increyente respecto a lo islámico.

Delpech, como Castells y Ramonet, separan del todo a lo nihilista de lo terrorista sin más. Los tres escritores condenan al terrorismo y lo quieren combatir desde una coalición de Estados que sean tan democráticos como liberales. No desdeñan el empleo de las fuerzas armadas del mundo occidental en la lucha contraterrorista, incluidas las de Europa. Proponen mejoras en la defensa común que repercutan en la seguridad colectiva. Quieren reforzar también la estructura de la defensa civil. Pero saben que aún existen vulnerabilidades sin atender. No se inclinan al análisis de las ideas y de las creencias, cuyo caldo de cultivo pueda estar operando tanto en una parte del pensamiento nihilista occidental como en el pensamiento, también nihilista, de los demás pueblos rezagados de la historia.